

The image features a silhouette of a man's head and shoulders, wearing a crown of thorns. The background is a vibrant sunset with a bright yellow sun low on the horizon, casting a warm orange and red glow. The text is overlaid on the right side of the image.

Thor Jurodovich Kostich

EL PEREGRINO

Los años perdidos
de Jesús

Luciérnaga

Thor Jurodovich Kostich

EL PEREGRINO

Los años perdidos
de Jesús



Ediciones
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Thor Jurodovich Kostich, 2019

© de las ilustraciones de las portadillas de los capítulos, los mapas y las fotografías de las páginas 18, 90 y 178: Thor Jurodovich Kostich

© de las ilustraciones de interior: Marcovarro / Shutterstock; Prachaya Roekdeethaweessab / Shutterstock; Dbachmann / Wikimedia; Pvasiliadis / Wikimedia; Morphart Creation / Shutterstock; Roberto La Rosa / Shutterstock; Radomir Rezny / Shutterstock; Yaroslaff / Shutterstock; Otorongo / Shutterstock; Ruslan Kalnitsky / Shutterstock; Koraysa / Shutterstock; Georgios Kollidas / Shutterstock

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: noviembre de 2019

© Edicions 62, S.A., 2019

Ediciones Luciérnaga

Av. Diagonal 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-120506-6-0

Depósito legal: B. 22.312-2019

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	II
----------------------	----

I

EL NACIMIENTO

Frío, lluvia y barro	19
Ellos no los celebraban	21
El pacto	22
<i>Deus Sol Invictus</i>	24
Los papas lo admiten.	25
Constantino y el papado	26
Una cruz en el cielo	29
¿Año 1?	32
¿Belén o Nazareth?	33
Sobre una estrella de plata	34
La profecía cumplida.	35
¿Por qué José y María deciden ir hasta Belén?	36
Adonis.	38
El nacimiento de Adonis y el árbol de mirra	39
El 8.º día	39
Los Sabios de Oriente	41
La estrella de Belén	44
El número sagrado	46

EL INICIO

El de Arimatea	53
El decurión	55
Doce años sin noticias.	
El ritual	55
El <i>teckton</i>	58
El primer viaje	59
¿Jesús, el asesino?	60
La despedida	61
La travesía	62
Druidas	64
Muérdago y robles	68
Círculos de piedra	72
Los cristianos de Britannia	73
William de Malmesbury	74
Tor, la isla de Avalon	75
La última cruzada, la búsqueda del Grial	76
El Grial y la serpiente	81
William Blake, <i>Jerusalén</i>	82

EL CONFÍN DEL MUNDO

Hacia el sol naciente	91
El alumno	92
Nada es imposible	95
La serpiente	98
El Oráculo de Amón	100
Alejandro Magno en Jerusalén	103
Jesucristo versus Alejandro Magno	106

4

EL HINDUKUSH

«¡Estos libros dicen que vuestro Jesús estuvo aquí!»	116
Atravesando el Indo	118
El aventurero	120
El místico	133

5

LOS MANUSCRITOS

Los jainas, en la tierra de los cinco ríos	146
El karma	152
Varna	152
La ciudad inmortal	153
La primera condena a muerte	156
El árbol de Bodhi.	158
Nikolái Roerich.	164
El gran viaje	165
El secreto de Shambhala	170

6

EL REGRESO

El reflejo de Alejandro, Gandhara	179
Jesús el Buda	182
En el camino	184
Sabios y filósofos.	187
El ungido.	188
La sacerdotisa	190
La gran mentira.	195
Profetas.	196
El dilema de Pilatos	198
La sanación	199
La cruz	201
No murió	203

Anestesia	206
De entre los muertos	208
El gemelo	209
El secreto de Leonardo da Vinci.	210
Un nuevo camino	213
<i>Bibliografía</i>	217

FRÍO, LLUVIA Y BARRO

Todos y cada uno de los lectores, al leer las anteriores líneas, habrán situado la escena en una fecha concreta, la única fecha que cientos de millones de personas en todo el mundo reconocen y recuerdan de inmediato, el 25 de diciembre del año 1 de nuestra era, y un lugar, Belén. Pero pronto descubrirán que todo ello está muy alejado de la verdad, Jesucristo no vino al mundo en una fría madrugada invernal y la aldea de Belén tampoco tiene visos de ser el pueblo que realmente lo vio nacer.

La elección del día, lugar y año es solo una de las piezas de la más importante conspiración de la historia de la humanidad, la creación de la vida conocida de Jesucristo que oculta su otra vida.

Ningún teólogo, historiador, arqueólogo o erudito, laico o cristiano, puede confirmar la fecha exacta en la que Jesucristo vino al mundo. Se barajan días, meses y años diferentes. En la Biblia no aparece ninguna fecha que indique un momento tan importante y emblemático. Solo en dos de los cuatro evangelios canónicos se habla del nacimiento de Jesús: en el de Lucas y en el de Mateo. Si se estudian con detenimiento, proporcionan pistas para descubrir la verdad. En el de Lucas aparecen los pastores, dato que revela que el alumbramiento no pudo ser en el frío y húmedo mes de diciembre porque las bajas temperaturas en esa región de Palestina impiden el pastoreo.

Era costumbre entre los pastores en tiempos de Cristo iniciar la temporada de pastoreo cuando se acercaban los días de Pascua, a principios de la primavera, hasta que las primeras lluvias de octu-

bre los ponían sobre aviso de la llegada del invierno, y era entonces cuando llevaban los rebaños de regreso a los establos, al abrigo de las inclemencias meteorológicas. Ningún pastor cometería la estupidez de seguir pastoreando en los días más fríos del año, y menos aún se aventuraría a pasar la noche al raso en la gélida e invernal Galilea.

Las ovejas y las cabras eran su sustento y el de sus familias, por ello se dedicaban en cuerpo y alma a su cuidado, rescataban a las que se despeñaban en el abrupto terreno, se echaban sobre los hombros a los animales heridos y luchaban a brazo partido contra los ladrones si era necesario. Por las noches conducían el rebaño hacia un refugio, cueva, cercado o redil, y el pastor siempre dormía protegiendo la entrada —como si de una puerta humana se tratara—, armado con una honda como con la que David venció a Goliat, preparado para cualquier emergencia. Por ello, es inadmisibile el relato de Lucas:

Había pastores en la misma región, que velaban y guardaban las vigi-
lias de la noche sobre su rebaño.

LUCAS 2, 8

Además, uno de los libros que forman el Antiguo Testamento, el *Cantar de los Cantares*, describe el clima de Tierra Santa:

Porque, mira, ha pasado ya el invierno, la lluvia ha cesado y se
ha ido.

Cantar de los Cantares 2, 11

Lucas yerra premeditadamente, ya que su deseo era el de otorgarle veracidad histórica al texto, y su intención dispensar visos proféticos al nacimiento al elegir Belén para que María diera a luz, actuando más como un novelista que como un historiador.

Por su parte, el Evangelio de Mateo habla de la Matanza de los Inocentes, de la estrella de Belén y de los Reyes Magos, pero en ningún momento hace alusión a los pastores ni a un censo

del que habla Lucas. Solo coinciden en ubicar el nacimiento en la aldea de Belén, como si no hablaran del mismo acontecimiento. Son dos historias que se parecen en el fondo, pero no en la forma.

Los evangelistas hábilmente urdieron, cada uno a su manera, un plan maestro con el que influir en las creencias de los primeros cristianos divinizando al hombre para convertirlo en el Mesías esperado. Actuaron como fabuladores, como cuentacuentos, no como historiadores; unieron los datos a su antojo, rellenando los espacios en blanco con hechos que, o no ocurrieron o fueron tratados con mucha vehemencia para otorgarle el halo de divinidad que la figura de Jesús necesitaba. ¿Manipularon o fueron manipulados? Con toda seguridad, las dos cosas.

ELLOS NO LOS CELEBRABAN

La siguiente pregunta es: ¿por qué no está escrito el día de su nacimiento en la Biblia? La respuesta hay que buscarla en las tradiciones del pueblo hebreo. Jesús era judío, sus primeros seguidores también, por lo que en gran medida las costumbres de los primeros cristianos eran adaptaciones de las leyes hebreas. Una de esas normas era no celebrar los nacimientos y, por ende, tampoco los aniversarios. No se menciona en ningún párrafo bíblico la celebración de ningún alumbramiento porque al nacer se heredaba el pecado original de Adán y Eva, y solo al llegar la muerte, tras una vida recta y honrosa, se lograría liberarse de él. Por eso consideraban el día de la muerte como el mejor de los días.

En siglo III d.C., Orígenes, el padre de la Iglesia oriental, en una de sus más importantes homilías aseguaba:

No se relata en la Biblia que ninguna de las personas santas haya celebrado una fiesta o hecho un banquete en su cumpleaños o que haya festejado el día en que su hijo o su hija nació. Pero los pecadores se regocijan y hacen festividades en esos días.

Orígenes remarca cómo las creencias mosaicas formaban parte del cristianismo primitivo al considerar las celebraciones relacionadas con los cumpleaños actos paganos. Otra de las razones por las que los cristianos primitivos las evitaban era su relación con la astrología, que asociaban con las idólatras creencias orientales de las que deseaban alejarse.

EL PACTO



Dos poderosos hombres, uno el símbolo del Estado y el otro del clero, caminan por los pasillos del palacio imperial, sus pisadas resuenan en el frío mármol y sus palabras fluyen desde un pozo de conspiración. Es la reunión definitiva de las muchas que han mantenido durante las últimas semanas. Bajo la luz de las antorchas debaten y traman. La primera reunión tuvo lugar al calor del fuego en una gélida mañana de febrero; hoy la cálida brisa profetiza la llegada del verano. Durante días han regado sus conversaciones con el mejor vino, con los más exóticos manjares traídos desde todos los rincones del imperio. Y por fin ha llegado el momento: alzan sus copas por última vez, brindan y sonríen de satisfacción, el pacto está sellado.



Estos fueron los días que transformaron la historia del nacimiento de Jesús, entre la ascensión al pontificado de Julio I —en febrero del año 337 d.C.— y el fallecimiento del emperador Constantino en las postrimerías de mayo del mismo año. Las confabulaciones y manipulaciones de un emperador y de un papa dieron forma a la Navidad, pues tomaron la decisión de que el *Rex Mundi*, el Mesías, Jesucristo, había nacido el 25 de diciembre.

Hasta el siglo IV d.C., el nacimiento de Jesucristo se celebraba el día 6 de enero junto a la epifanía de los Reyes Magos y el bautismo de Jesús, aunque tampoco se tenía la certeza de que hubiera sido así; fue la fecha que eligieron los primeros líderes de la Iglesia. Pero el emperador Constantino y el papa Julio I decidieron cambiar la efeméride con la intención de transformar las creencias de los súbditos del Imperio romano cristianizando las fiestas paganas

más populares que existían en Roma, las Saturnales, que se celebraban entre el 17 y el 23 de diciembre en honor al dios Saturno, y que conmemoraban la mitológica «edad de oro».

A lo largo de esos días reinaba la libertad en todos los aspectos, el pueblo buscaba la felicidad engalanando las casas y las calles, adornando los árboles, intercambiándose regalos en bulliciosas fiestas, en opíparos banquetes y en desenfrenadas bacanales. Todo estaba permitido; el hedonismo, el ideal de vida romano, se adueñaba de calles y templos. Eran las fiestas más esperadas, conocidas como las fiestas de los esclavos, pues consistían en volver a instaurar por unos días la igualdad que imperaba originalmente entre los hombres. Se suspendía el poder de los amos sobre sus siervos cambiando los roles: los esclavos tenían el derecho a hablar y actuar con total libertad; el señor actuaba como el esclavo y el esclavo como señor:

Que nadie tenga actividades públicas ni privadas durante las fiestas, salvo lo que se refiere a los juegos, las diversiones y el placer. Solo los cocineros y los pasteleros pueden trabajar. Que todos tengan igualdad de derechos, los esclavos y los libres, los pobres y los ricos. No se permite a nadie enfadarse, estar de mal humor o hacer amenazas. No se permiten las auditorías de cuentas. A nadie se le permite inspeccionar o registrar la ropa durante los días de fiestas, ni practicar deportes, ni preparar discursos, ni hacer lecturas públicas, excepto si son chistosos y graciosos, que producen bromas y entretenimientos.

LUCIANO DE SAMO

El día más importante era el 17 de diciembre, en el que se realizaban las ofrendas en el templo de Saturno. Esta festividad en principio tenía una duración de seis días, pero Julio César le añadió dos más, el libertino emperador Calígula le sumó uno y otro más el emperador Domiciano, que estableció que duraran una semana. Por supuesto, el pueblo deseaba que nunca acabaran:

Ya os digo que las Saturnales no durarán siempre.

SÉNECA

Las Saturnales eran fiestas muy diferentes a las actuales Navidades; no tenían nada que ver con días de amor fraternal y paz. Eran celebraciones orgiásticas donde todo estaba permitido, por lo que erradicar una celebración que permitía todo tipo de placeres sensoriales y carnales no fue tarea fácil para los padres de la Iglesia católica.

El principio del fin de la festividad lo sellaron el papa y el emperador, un pacto que fue una hábil maniobra civil, religiosa y política orquestada con la clara vocación de desterrar no solo las Saturnales, sino también las celebraciones de carácter esotérico que se realizaban en honor a los dioses solares, a los señores de la luz, que cada temporada vencían a la oscuridad en las postrimerías del mes de diciembre, durante el solsticio. Así se borran de un plumazo las Saturnales y, a su vez, la adoración a Mitra, Attis, Baco, Dionisio o Apolo.

DEUS SOL INVICTUS

La segunda parte de esta conspiración urdida por el catolicismo primigenio contra los idólatras y paganos era reconvertir otra celebración. La festividad en honor a *Deus Sol Invictus*, el invencible dios Sol, un título aplicado al menos a tres divinidades distintas en Roma: al dios sirio Gabal, al dios griego Helios y al dios persa Mitra, que se celebraba el 25 de diciembre.

Era tal su importancia entre los romanos, que la fiesta del Sol Invicto continuó siendo parte de la religión estatal, hasta que el paganismo fue abolido por decreto del emperador Teodosio I en el 380 d.C., en el edicto de Tesalónica. Este dictaminó que la única religión del imperio debía ser el cristianismo y fue entonces cuando se acabó de oficializar que la natividad de Jesús debía coincidir con la fecha en la que se homenajeaba al Sol Invicto.

Al tirar del hilo y desentrañar la madeja, es fácil comprender de dónde proviene el origen de la elección del 25 de diciembre como la fecha que desde niños nos inculcan como la del nacimiento de Cristo. Hemos visto que fueron el papa Julio I y el emperador Constantino quienes decidieron, sin que les temblara el pulso,



Estatua de Mitra en Ostia Antica (Roma)

en el año 337 d.C., que el 25 de diciembre sería el día del nacimiento de Jesucristo.

Apaciguaron, en parte, los muchos enfrentamientos entre paganos y cristianos, y a su vez reconvirtieron a los idólatras a la fe de Cristo al hacer coincidir las fiestas paganas de las Saturnales y la del Sol Invicto con la celebración del nacimiento del Mesías.

Entonces ¿qué día nació Jesús? Muchas son las teorías vertidas a lo largo de los siglos; estudios de todo tipo han arrojado diferentes fechas: 6 de enero, 25 de marzo, 19 de abril, 17 de agosto y hasta ciento treinta y tres fechas más, pero la realidad es que lo único que sabemos con total certeza es que María no dio a luz en una gélida noche a principios del invierno del año 1.

LOS PAPAS LO ADMITEN

Durante siglos la Iglesia evitó admitir esta manipulación, pero la evidencia es tan apabullante que el catolicismo lo admitió por voz de diferentes papas, entre ellos Juan Pablo II, que en la Navidad de 1993 aceptó que la tradición navideña era una fiesta pagana:

«Un acuerdo entre los primeros cristianos que consideraron lógico y natural sustituir la fiesta en honor al Sol Invicto, por la celebración del único y verdadero sol, Jesucristo, surgido sobre la Tierra para traer a los hombres la luz de la verdad».

Años más tarde, en 2009, Benedicto XVI confirmó que «la Navidad asumió una forma definida en el siglo IV, cuando tomó el lugar de la fiesta romana del Sol Invicto».

CONSTANTINO Y EL PAPADO

Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi iglesia.

MATEO 16, 18



El hedor es insoportable, las heces y orines forman una amalgama putrefacta, reina la oscuridad, la humedad cala los huesos, el lamento de los prisioneros es el sonido del infierno, miradas vidriosas presagian la muerte.

Un hombre se yergue sobre los demás condenados. Los guardianes abren sus grilletes, lo arrastran, no tienen contemplación; cae, el ruido seco de sus rodillas al chocar contra el suelo es atronador, sangran. Recibe un golpe en la espalda de uno de sus guardianes, pero su fe es inquebrantable.



Esta cruenta escena ocurrió en Roma en el año 67 d.C., antes de la crucifixión de su protagonista, Simón Pedro, el apóstol sobre el que se edificó la Iglesia católica y primer obispo de Roma.

¿Cómo pudo un forajido, líder de un grupo de rebeldes, perseguido por el imperio más imponente de la Antigüedad, convertirse en uno de los hombres más importantes de la historia?

Su título ha pasado a lo largo de más de dos mil años a más de doscientos sesenta obispos que se convirtieron en los líderes religiosos del credo más importante de Occidente. Un cargo que transformó y convierte al hombre que lo ostenta en uno de los más poderosos sobre la faz de la tierra.

El apóstol Pedro llegó en el año 42 d.C. a Roma, que estaba bajo el reinado del emperador Claudio. Era un viajero cubierto por el polvo y agotado por un largo viaje, que llegó a la puerta Naval, una de las entradas de la ciudad, decidido a destruir el culto idólatra y pagano, promulgando la palabra del único dios, y establecer una nueva religión, según él, la única que ostentaba la verdad.

Comenzó a predicar su mensaje entre los más desfavorecidos, dos terceras partes de la población eran esclavos y su mensaje de igualdad caló hondo entre ellos.

Cuando el emperador Claudio murió y el poder pasó a manos de Nerón, el mensaje de Pedro se había convertido en una amenaza para la estabilidad del imperio. Por ello, las persecuciones a los cristianos se incrementaron, y fueron culpados de casi todos los problemas, aunque no tuvieran nada que ver con ellos en la mayoría de las ocasiones.

Nerón los usó como chivo expiatorio tras el gran incendio que durante cinco días destruyó gran parte de la ciudad en el mes de julio del año 64 d.C. La causa sigue siendo un misterio, pero con toda seguridad fue orden del propio Nerón, que pretendía reconstruir la urbe a su gusto. Así, la quemó, transformó a los cristianos en culpables y desató su ira sobre aquellos que tantos problemas estaban causando. Ordenó que los apresaran, que los lanzaran a los perros, y finalmente fueron quemados vivos y crucificados.

Así lo describe Tácito en *Anales*:

En consecuencia, para deshacerse de los rumores, Nerón culpó e infligió los más refinadísimos tormentos a la clase odiada por sus abominaciones, quienes eran llamados cristianos por el populacho, el vulgo cristiano. Cristo, de quien el nombre tuvo su origen, sufrió la pena máxima durante el reinado de Tiberio a manos de uno de nuestros procuradores, Poncio Pilatos, y la superstición muy maliciosa, de este modo sofocada por el momento, de nuevo estalló no solamente en Judea, la primera fuente del mal, sino incluso en Roma, donde todas las cosas espantosas y vergonzosas de todas partes del mundo confluyen y se popularizan. En consecuencia, el arresto se hizo en primer lugar a quienes se declararon culpables; a continuación,

por su información, una inmensa multitud fue condenada, no tanto por el delito de incendiar la ciudad como por su odio contra la humanidad.

Pedro fue capturado unos años después del gran incendio. Las persecuciones eran cada día más atroces y vivió en sus propias carnes los peores martirios hasta que fue ejecutado en la cruz.

Tras su muerte, sus seguidores decidieron que había que organizarse para no caer en manos de sus perseguidores y establecieron una serie de normas que modificarían sus estamentos. Sus hogares se convirtieron en los centros de reunión donde se oficiaban las ceremonias religiosas; las casas se convirtieron en iglesias clandestinas y se organizaron comunidades que agrupaban a los ciudadanos que ofrecían sus moradas para convertirlas en capillas.

Y así empezaron a surgir los líderes; cada uno de ellos gobernaba sobre una de estas comunidades usando el modelo jerárquico del Imperio romano. Aparecieron las figuras de los supervisores, de los *episcopus*, de los obispos, a los que se consideraba sucesores de los apóstoles, un cargo que les confería el poder eclesiástico sobre su ciudad. Y como Roma era el centro del mundo y la capital del imperio, no podía haber mejor enclave para difundir su mensaje. Por ello se decidió que el obispo de Roma se convertiría en la figura más importante de la cristiandad, en el líder la Iglesia católica.

Durante doscientos años, tras la muerte de Pedro, los cristianos continuaron siendo perseguidos, pero los obispos de todas las congregaciones defendieron su credo, a pesar de las cruentas persecuciones a las que se vieron sometidos bajo los mandatos de emperadores como Séptimo Severo o Dacio. Pero los mayores tormentos aún estaban por llegar y los sufrieron bajo el reinado de Diocleciano, que deseaba reforzar el culto imperial, por lo que los seguidores de Jesucristo tenían que ser aniquilados.

UNA CRUZ EN EL CIELO

Una visión profética llevó al poder a un jefe militar, Constantino, el comandante pagano de las tropas de Occidente, que vio el momento de convertirse en emperador al decidir luchar contra su último competidor, Majencio, en la batalla de Puente Milvio, el 28 de octubre del año 312 d.C.

El día antes de la batalla tuvo una sorprendente visión; al salir de su tienda vio sobre el horizonte, en lo alto del cielo, una cruz resplandeciente y consideró que era un augurio de su victoria sobre Majencio. Tras la aparición, tuvo un sueño en el que volvió a ver la cruz, esta vez acompañada de una inscripción en griego que decía: *Con este signo vencerás*.

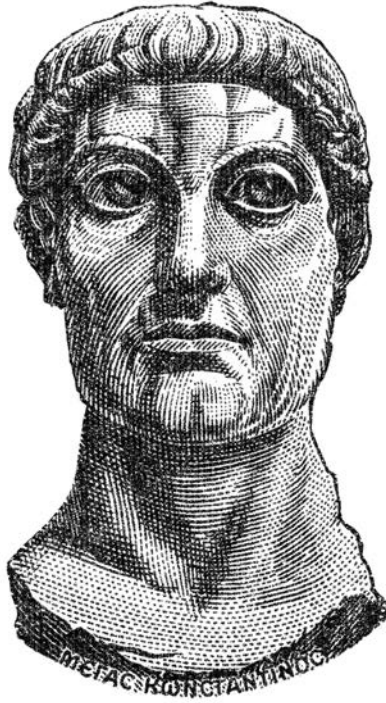
Al despertar, seguro de su victoria, mandó pintar en todos los escudos de su ejército el nuevo símbolo, una cruz con las iniciales de Cristo en griego.

Ganó la batalla y se convirtió en emperador. A partir de entonces, el águila imperial desapareció de los estandartes para ser el crismón, la cruz, el símbolo del poder de Roma.

Una visión, un sueño o un fenómeno atmosférico convertido en profecía convirtió a Constantino en el primer emperador que ofreció su apoyo a la fe cristiana con la promulgación del Edicto de Milán, en el que se establecía la libertad religiosa. Se dictaba así el fin de las persecuciones a los cristianos:

Cuando yo, Constantino Augusto, y yo, Licinio Augusto, nos reunimos felizmente en Milán y nos pusimos a discutir todo lo que importaba al provecho y utilidad públicas, entre las cosas que nos parecían de utilidad para todos en muchos aspectos, decidimos sobre todo distribuir unas primeras disposiciones en que se aseguraban el respeto y el culto a la divinidad, esto es, para dar, tanto a los cristianos como a todos en general, libre elección en seguir la religión que quisieran, con el fin de que lo mismo a nosotros que a cuantos viven bajo nuestra autoridad nos puedan ser favorables la divinidad y los poderes celestiales que haya.

Por lo tanto, fue por un saludable y rectísimo razonamiento por lo que decidimos tomar esta nuestra resolución: que a nadie se le niegue en absoluto la facultad de seguir y escoger la observancia o la



religión de los cristianos, y que a cada uno se le dé facultad de entregar su propia mente a la religión que crea que se adapta a él, a fin de que la divinidad pueda en todas las cosas otorgarnos su habitual solitud y benevolencia.

Esto no solo legalizó el cristianismo, sino que lo favoreció. Por primera vez, un emperador decidía aliarse con la Iglesia entrelazándola con el Estado al darse cuenta de su utilidad para unificar el imperio bajo un mismo Dios y, sobre todo, una doctrina con los mismos valores. Convirtió a los obispos en sus representantes; de esa forma, los líderes de las comunidades cristianas de Grecia, Egipto o Palestina canalizaban el poder del Estado. Les otorgó un poder que jamás hubieran podido imaginar. Los habitantes del imperio vieron en ello un acicate para convertirse en cristianos, pues la relevancia de los obispos era tan importante que sus deci-

siones influían en todo el entramado social de la comunidad. Además, ser cristiano tenía ventajas fiscales y tributarias, por lo que todas las iglesias dejaron de pagar impuestos. Constantino es la razón por la que las iglesias no pagan impuestos aún hoy, mil setecientos años después.

Pero en cuanto los cristianos dejaron de ser perseguidos por los romanos, empezaron los conflictos entre ellos. Diversas doctrinas se enfrentaron; cada una promulgaba y describía la vida de Jesús a su beneplácito, y los dilemas teológicos llevaron al derramamiento de sangre.

Constantino, advirtiendo que todo se podía ir al traste, vio peligrar su imperio, así que convocó a los obispos en el Concilio de Nicea. El emperador facilitó la participación de los obispos poniendo a su disposición los servicios de postas imperiales para que hicieran el viaje y les ofreció hospedaje en Nicea. Deseaba que esa reunión cohesionara a la Iglesia que en esos momentos estaba sacudida por la predicación de Arrio, que negaba la divinidad de Jesucristo. Los partidarios de Arrio contaban con las simpatías del emperador Constantino y pensaban que, en cuanto expusieran sus puntos de vista, la asamblea les daría la razón.

Sin embargo, cuando Eusebio de Nicomedia tomó la palabra para decir que Jesucristo no era más que un hombre, sin naturaleza divina, la mayoría de los asistentes se opusieron a ese mensaje y el 19 de junio del 325 d.C. acordaron, a través de la creación del Credo de Nicea, que Jesucristo era humano y divino.

Pero los conflictos no acabaron con el concilio; el imperio aún vivía momentos convulsos. Constantino murió siete años después dejando una Iglesia dividida y el imperio sin un líder fuerte. Pasados más de cien años, en el 476 d.C., Rómulo Augústulo se convirtió en el último emperador del Imperio romano de Occidente, despojado de su condición por Odoacro, rey de los hérulos. Las tropas bárbaras entraron en la ciudad de Roma arrasando la capital política y espiritual del imperio. Fue el inicio del fin de una ciudad que tardaría siglos en volver a brillar. En siglo VI Roma estaba sucia y era peligrosa, los grandes templos y palacios ya no resplandecían, las calles eran el hogar de mendigos y ladrones, no era un buen lugar para vivir, una ciudad que había acogi-

do a más de dos millones de personas en la época de su máximo esplendor ahora solo estaba habitada por treinta mil almas en pena.

Mientras en Constantinopla el imperio sobrevivía, en Roma no existía gobierno, solo su obispado seguía allí intentando gobernar; el obispo Simplicius luchó con toda su energía, como el padre que defiende a su familia. Es aquí cuando aparece una palabra que otorgará un título. La palabra procedía del griego, la lengua de los escritos sagrados, y era la que servía para designar al padre; desde ese momento, el obispo de Roma se convirtió en *pappas*. Desde entonces, ese es el título de los herederos de Simón Pedro, el primer papa.

¿AÑO 1?

No sabemos el día, pero tampoco sabemos el año, y eso es mucho más grave. Porque no se puede obviar que el eje cronológico por el que nos regimos se define antes y después de Cristo y, como hemos visto en los evangelios, no aparece ninguna fecha. Entonces ¿por qué hablamos de ese supuesto año 1?, pues por una razón tan trivial como el error de cálculo de un monje: Dionisio el Exiguo, nacido en la antigua Escitia, que vivió en Roma durante el siglo VI y que se dedicó a idear un nuevo sistema cronológico para dejar de usar el calendario romano. Él consideraba que los cristianos no debían continuar usando el almanaque de aquellos que los habían perseguido y torturado, y que, sobre todo, debían identificar correctamente las fechas de la Pascua de Resurrección.

Durante el Imperio romano se contaban los años a partir de la fundación de Roma *ab urbe condita*, que la mayoría de historiadores datan en el año 753 a.C. Pero, a excepción de la administración imperial, la mayor parte del pueblo se limitaba a usar como referencia los años del consulado o del imperio en vigor; tercer consulado de César, cuarto año del mando de Calígula, etc.

Así pues, la primera tarea de Dionisio para señalar correctamente las fechas de la Pascua de Resurrección era concretar la fe-

cha de la crucifixión de Jesucristo y, por supuesto, también debía fijar la fecha de nacimiento. Tenía una referencia muy concreta: una línea de tiempo en el Evangelio de Mateo que decía que Jesús nació en tiempos del rey Herodes el Grande:

Cuando hubo nacido Jesús en Belén de Judea, en tiempos del rey Herodes, unos magos de Oriente llegaron a Jerusalén.

MATEO 2, 1

Dionisio fijó la fecha de la muerte de Herodes el Grande en el año 750 a.C. desde la fundación de Roma, pero se equivocó al datar la muerte y el nacimiento de Jesucristo usando este parámetro, porque lo cierto es que Herodes murió unos años antes, entre el 4 y el 8 a.C.

Otro dato relevante para sus cálculos fue la supuesta orden de Herodes de asesinar a todos los niños menores de dos años, conocida como la Matanza de los Inocentes, que tuvo que ocurrir entre el nacimiento y los dos años posteriores, por lo que la fecha del alumbramiento debía de estar situada entre el 4 y el 6 antes de su nacimiento. Además, también se habla en los evangelios de que Augusto ordenó llevar a cabo un censo que no coincide con las fechas que aparecen en la Biblia. Un auténtico rompecabezas que nos lleva a arrastrar un error que prácticamente no tiene solución. Un problema matemático de sumas y restas donde faltan datos para obtener un resultado definitivo.

Si unimos todas las conjeturas que se han hecho sobre el tema hablaríamos de que tuvo que nacer entre el año 8 o 4 antes del año 1, por lo que cuando fue crucificado no tendría treinta y tres, sino treinta y siete o cuarenta y un años.

¿BELÉN O NAZARETH?



El sol cae a plomo, José camina delante de la jinete, sus pies arden mientras transita por los pedregosos caminos. Su turbante está empa-

pado por el sudor. María se deja mecer por el bamboleo de su montura, su sayo le cubre la cabeza y cae sobre sus hombros. Sus manos reposan sobre la crin de su montura mientras asciende las colinas de Judea. Se detienen al ver una arboleda de acacias, se protegen bajo su sombra. De su bolsa María extrae una jugosa granada y un par de higos frescos, José le alcanza el odre con agua; comen y beben. Aún les queda camino. La luz del sol es más débil, las sombras más alargadas. Deciden continuar. La noche los atrapa mientras María nota un intenso dolor, su vientre se mueve, pone las manos sobre él. José acelera el paso, ve las tintineantes luces de las lámparas de aceite en las ventanas del caravasar. Los últimos cinco días no han sido fáciles para María, que está embarazada. Exhaustos, cada noche han logrado encontrar aposento gracias a la hospitalidad de algún extraño que les dio cobijo. Azorados llegan a los altos muros del caravasar, una enorme cantidad de gente pulula a su alrededor, una cacofonía de rebuznos, balidos y mugidos se unen al incesante parloteo. José mira a María, necesita encontrar un lugar para ella. Habla con varias personas, agita las manos con frenesí y las hace mirar el angustiado rostro de su mujer, pero nadie se apiada de ellos; no hay cobijo. Observa la primera planta y sabe que nunca podrán hospedarse allí, solo los adinerados mercaderes dueños de las caravanas duermen en sus cómodos lechos. Tampoco se pueden alojar en sus terrazas divididas con telas y celosías, y destinadas a los conductores.

Las personas sencillas y humildes solo pueden extender sus mantas en el patio, rodeadas de los animales de carga, pero hoy ni siquiera hay espacio para poder acurrucarse entre ellos. María está a punto de dar a luz. Toma las riendas y apresuradamente franquean las puertas en busca de un lugar donde yacer, de una cueva...



SOBRE UNA ESTRELLA DE PLATA

La capilla de la Natividad se alza sobre la supuesta cueva en la que María dio a luz. Desde hace diecisiete siglos los peregrinos recorren su interior, se arrodillan, acarician y besan una brillante estrella de plata donde está inscrita una frase trascendental: «*Hic de Virgine Maria Jesus Cristhus natus est*» (Aquí nació

Jesucristo de la Virgen María). Es el lugar donde para ellos todo comenzó.

Pero ¿realmente nació en Belén? La respuesta una vez más parece sencilla: sí. Pero lo cierto es que tiene visos de ser otro gran embuste para crear una dramática historia, un bello cuento y una divina leyenda con la que certificar que Jesús era el Mesías profetizado.

LA PROFECÍA CUMPLIDA

La población de Belén era una elección obvia, la más adecuada para otorgarle carácter divino al nacimiento. El pueblo hebreo llevaba cientos de años esperando la llegada del Mesías descendiente de la estirpe del rey David, que mil años antes de Cristo había sido ungido como rey de Israel por el profeta Samuel en esta misma localidad.

He aquí el punto de inflexión para que Belén adquiriera tan relevante puesto en la historia, y para que los evangelistas ubicaran el nacimiento en esta localidad vinculando a Jesús con la profecía que aparecía en el libro de Miqueas que preconizaba quinientos años antes del nacimiento de Jesús que el Mesías nacería en Belén:

Pero tú, Belén de Efratá, aunque eres pequeña entre las aldeas de Judá, de ti saldrá el que ha de dominar Israel. Él gobernará con el poder y la majestad de Yahvé, su Dios.

MIQUEAS 5, 2

Y aunque el historiador Justino Mártir habla de que José y María se establecieron en una cueva cerca de la aldea de Belén, y que el Protoevangelio de Santiago afirma lo mismo, estos testimonios no certifican nada. Solo recopilan testimonios difusos que hablaban de que el nacimiento de Jesucristo había tenido lugar en la aldea de Belén. Porque los relatos de los evangelistas Lucas y Mateo presentan lagunas, y solo certifican que su intención era la de confirmar la profecía y divinizar la figura de Jesús.

¿POR QUÉ JOSÉ Y MARÍA DECIDEN IR HASTA BELÉN?

La Biblia sostiene que tuvieron que ir a Belén por orden de César Augusto, que dictó un edicto para que todos los ciudadanos de Palestina se empadronasen cada uno en su ciudad. Entonces ¿el pueblo al que pertenecía José era Belén?

Y José subió de Galilea, de la ciudad de Nazareth, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por cuanto era de la casa y familia de David.

LUCAS 2, 4

La manipulación de Lucas es evidente, dirige los pasos de José desde Nazareth hasta Belén para emparentarlo con la estirpe del rey David. Además, el censo del que habla Lucas no está probado históricamente que tuviera lugar en esas fechas, aunque sí que hay datos de que se efectuaron tres censos en fechas anteriores y posteriores: se llevaron a cabo durante el 28 y el 8 a.C., y el 14 d.C.

En mi sexto consulado, llevé a cabo, con Marco Agripa como colega, el censo del pueblo. Celebré la ceremonia lustra después de que no se hubiera celebrado en cuarenta y dos años, en ello fueron censados 4.063.000 de ciudadanos romanos. Durante el consulado de Cayo Cesorino y Cayo Asinio llevé el censo por mí solo, en virtud de mi poder consular, en cuya lustración se contaron 4.233.000 ciudadanos romanos. Hice el censo por tercera vez, en virtud de mi poder consular y teniendo por colega a mi hijo adoptivo Tiberio César, en el consulado de Sexto Pompeyo y Sexto Apuleyo con ocasión de este censo conté 4.937.000 ciudadanos romanos.

AUGUSTO,
Res Gestae Divi Augusti

Lucas hace coincidir el censo, que tuvo lugar catorce años después de la crucifixión, con el nacimiento de Jesús. Y si lo comparamos con el relato de Mateo nada cuadra, pues este relata que

Jesús nació bajo el reinado de Herodes, que murió cuatro años antes de nuestro año 1. Por tanto, si hacemos un simple cálculo matemático, descubrimos que existen dieciocho años de diferencia entre los acontecimientos relatados por Mateo y Lucas.

Los dos evangelistas, Marcos y Juan, inician el relato de la vida de Jesús cuando es adulto sin aportar referencia alguna sobre su nacimiento. Tampoco hablan de Belén en ninguna de las líneas que escribieron, pero en cambio le otorgan mucha importancia a otra localidad. Los dos dan por hecho que Jesús y su familia son del pueblo de Nazareth, un dato sorprendente, porque era una aldea minúscula que no merecía ni ser referenciada en los mapas de la época. Tan insignificante era en aquel tiempo, que los fariseos, ante la relevancia que adquirió Jesús, se preguntaban si en Nazareth podía nacer algo bueno:

Nataniel le dijo: «¿De Nazareth puede salir algo de bueno?». Le dijo Felipe: «Ven y ve».

JUAN 1, 46

Nazareth era una ciudad minúscula y de mala fama. En el Antiguo Testamento no se la menciona nunca, ni siquiera cuando el libro de Josué describe la región de Galilea habla de ella. Tampoco la nombra Flavio Josefo, el gran historiador judío del siglo 1, que menciona cincuenta y cuatro ciudades galileas, pero ignora a Nazareth. Y el sagrado Talmud judío enumera sesenta y tres ciudades galileas, pero tampoco habla de Nazareth. Por eso, que alguien tan importante como Jesús hubiera nacido allí producía escándalo entre la gente.

Otro argumento importante para defender que Jesús nació en Nazareth y no en Belén se refiere al hecho de que a los judíos del siglo 1 se les añadía el nombre del padre o del lugar del nacimiento. Por lo que Jesús debería haberse llamado Jesús de José o Jesús de Belén, pero no Jesús de Nazareth. Por ello, cuando los apóstoles salieron a predicar el evangelio después de la resurrección de Jesús, se encontraron con muchos problemas porque Jesús era de Nazareth, un pueblo en absoluto relevante.

Frente a este problema, los primeros cristianos decidieron que el nacimiento de Jesús había sucedido en Belén. Falseaban la realidad, porque lo único que deseaban era confirmar la profética llegada del Mesías. Por lo tanto, cuando Mateo y Lucas afirman que Jesús nació en Belén, lo que transmiten es que Jesús es realmente el Mesías que todos esperaban. A pesar de eso, a lo largo de sus evangelios, al igual que Marcos y Juan, le llaman Jesús de Nazareth.

Como vemos, las pruebas evangélicas sobre el nacimiento de Jesús en Belén son débiles, pero resultan abrumadores los datos en contra. La mayoría de los biblistas sostienen hoy que la ciudad natal de Jesús no habría sido Belén, sino Nazareth. Las pruebas históricas confirman las tergiversaciones y manipulaciones de los evangelistas, seguramente influenciados por las tradiciones orales que recopilaron y que ellos engrandecieron. Los estudiosos sostienen que el nacimiento de Jesús en Belén, más que una transmisión histórica de los hechos es una indicación teológica para conformar un mito dejando de lado la vida del hombre.

ADONIS

Pero la conjura para otorgarle a una cueva de Belén tan sobresaliente puesto en la historia de la cristiandad no acabó con los evangelistas, ya que siglos después la emperatriz Helena, la cristiana y devota madre del emperador Constantino, viajó desde Roma para transformar Tierra Santa empezando por autentificar el supuesto lugar del alumbramiento y arrebatárselo a los paganos.

Su intención surgía de la devoción, su manera de actuar de la conspiración, la de transformar y hacer olvidar el culto pagano al dios Adonis, que se realizaba en la gruta y en los bosques que la rodeaban desde tiempos del emperador Adriano en el siglo II a.C.

La adoración de Adonis en Belén no puede ser discutida, lo único rebatible es si su culto se produjo antes o después de Cristo. Los testimonios y los datos certifican con toda seguridad que antes de Cristo ya era un santuario dedicado a Adonis; el propio testimonio de la emperatriz Helena da fe de ello al afirmar que

desde tiempos remotos era profanado por los adoradores de Adonis. También san Jerónimo, el primer erudito en traducir la Biblia del hebreo al latín y que vivió en Belén en el siglo IV, mostró su indignación por esa idolatría pagana. Pero el dato definitivo es que Adonis era «el espíritu del pan» y el nombre de Belén significa «la casa de pan».

EL NACIMIENTO DE ADONIS Y EL ÁRBOL DE MIRRA

El bello Adonis es el hijo de un incestuoso engaño, su padre era el rey de Chipre y su madre su hija Mirra. La joven estaba en edad de tomar marido, pero rechazó a todos los pretendientes porque estaba enamorada secretamente de su padre. Desesperada por este amor imposible decidió ahorcarse, pero su nodriza la salvó en el último momento y cuando supo el porqué de su intento de suicidio decidió ayudarla. Una tarde, la nodriza le habló al rey de que una hermosa joven estaba perdidamente enamorada de él y, con la oscuridad de la noche como cómplice, condujo a Mirra hasta el lecho del rey y durante nueve noches yació con él. Una noche, el rey, curioso por ver el rostro de su amante, iluminó la estancia y descubrió con terror que era su propia hija. Intentó matarla, pero Mirra logró escapar suplicándole a los dioses que la transformaran en otro ser vivo para no ofender nunca más ni a vivos ni a muertos. Su deseo le fue concedido y fue transformada en el árbol de la mirra. El hijo que llevaba en su vientre creció en el interior del árbol hasta que, con la ayuda de Lucina, la diosa del parto, logró romper la corteza y surgió Adonis.

EL 8.º DÍA

Os circuncidaréis la carne de vuestro prepucio; y esto será la señal del pacto entre Mí y vosotros.

Génesis 17, 11